

CUENTOS DE MANANA

Manana y el Alicanto

Texto de Mariana Acosta
Ilustración de Francesca Ratto



Manana y el Alicanto

Adaptación de leyenda de la Zona Norte de Chile

Texto de Mariana Acosta
Ilustración de Francesca Ratto



MANANA Y EL ALICANTO
Cuentos de Manana

©Mariana Acosta S., 2012
Zanzibar Poniente 7760, Las Condes
Santiago, Chile
e-mail: marianaas44@hotmail.com

Ilustración: Francesca Ratto M.
Diseño de la colección: Caterina di Girolamo A.
Edición de texto: Paloma Bravo M.

RPI N°: 21.4.775
Todos los derechos reservados





Calama, febrero de 2012

Queridos amigos:

Aunque les cueste creerme, esta vez les estoy escribiendo desde el desierto de Atacama de mi querido Chile. Fue difícil tomar la decisión de escribirles esta carta ya que, para ser sincera, primero pensé en enviarles un e-mail, que es más rápido y casi nadie reclama por las faltas de ortografía, pero al recordar al tío Floro, a Pipino, a mis amigos que viven en el campo y a tantos otros que no tienen computador, preferí usar el correo. Lo mejor de todo es que el papel tiene olor, se puede doblar y leer en cualquier lugar, incluso en el baño.





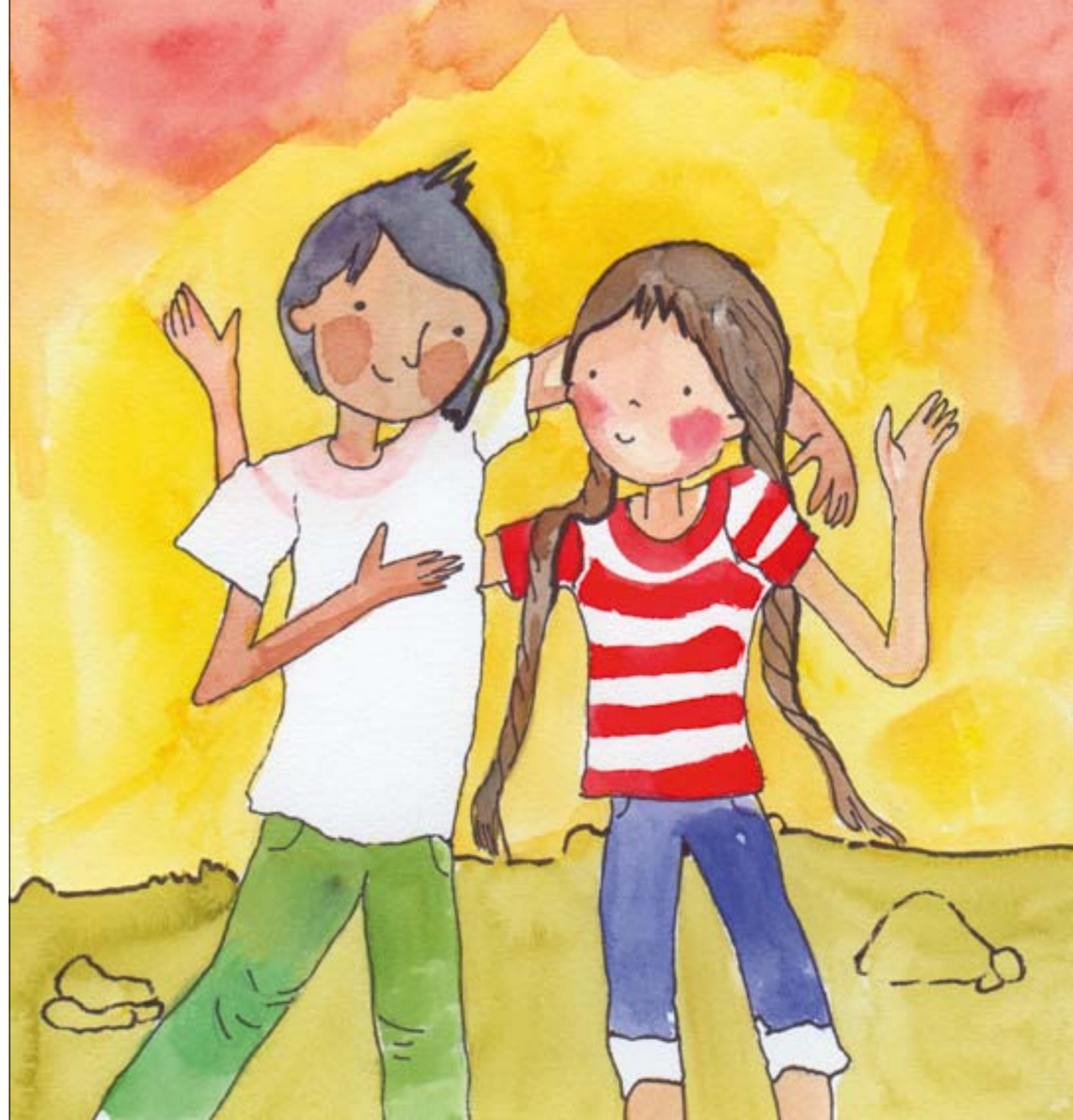
Les cuento que a mí papá lo mandaron a trabajar al Hospital de Calama, le dijeron que faltaban doctores para atender a los niños (casi todos son hijos de mineros) y como a mi mamá le dio pena que se fuera solo, le pidió a su jefe que la trasladara a la oficina que tienen en la misma ciudad. Y así fue que nos vinimos todos, incluso trajimos al Chicle (el perro "pegote" que recogí en el zapatero).



Todavía estamos de vacaciones y aquí hace calor durante el día y en la noche frío y mucho viento. Los primeros días lo pasé pésimo por que sentí una gran desilusión al comprobar que definitivamente en nuestro desierto no hay camellos ni personas con turbantes ni túnicas, como había visto en las películas. También echaba de menos mi casa, a mi bisabuela, la plaza, las campanitas del triciclo de don Cholo (el heladero) y hasta a mi colegio, imagínense. En todo caso como sabía que esto me podría ocurrir, tuve la precaución de traerme el número y el nombre de mi calle para ponerlos en la puerta de la nueva casa y así sentir que al menos mi dirección, seguía siendo la misma.

La pena se esfumó cuando conocí a Manuel Huari, mi vecino. De piel morena, nariz alargada y ojos tan negros como uvas. Él conoce casi todos los secretos del desierto porque nació en la zona y los hombres de su familia, todos mineros de Chuquicamata, hasta la fecha se cuentan historias unos a otros para que no queden en el olvido.

Él se convirtió en mi buen y leal compañero y no nos separamos más.





Una tarde, mientras jugábamos en el patio de Manolo, descubrí una mochila vieja que contenía un casco con linterna, una pala, una picota y un mazo.

–¿Acaso tu también vas a ser minero? –le pregunté.

–No, me estoy preparando para ser “cateador de tesoros”, aunque tú eres la primera en saberlo –me contestó sintiéndose pillado.

–¿Y qué es eso de cateador? –le dije intrigada.

–Un buscador de minas o de tesoros ocultos en el desierto.

–¿Y para qué necesitas un tesoro? –le consulté.

–Es que todos los niños de esta ciudad queremos tener plazas verdes con árboles, columpios y canchas de fútbol. Parece que hacer plazas es muy caro según hemos escuchado a los adultos, por lo que decidí hacer algo al respecto, y para eso tengo que encontrar un tesoro. Con él voy a comprar semillas y materiales para que entre todos podamos construirlas.



–¡Qué buena idea! y si yo te ayudo y encontráramos dos tesoros ¿yo podría quedarme con uno? –le pregunté enrollando mis trenzas de puros nervios.

–¿Y para qué necesitas un tesoro? –me interrogó inclinando su cabeza.

–Es que yo no tengo hermanos, sólo al Chicle, mi perro. Mis papás trabajan mucho, incluso cuando yo era chica casi siempre me veían en pijama porque se iban muy temprano en la mañana y llegaban casi de noche, cuando ya me tenía que ir dormir. Dicen que no pueden tener otro hijo porque no tienen tiempo para cuidarlo, y que tampoco pueden dejar de trabajar. Por eso se me ocurrió que si yo encuentro un tesoro, mis papás no tendrían que trabajar tanto y llegarían más temprano y tendrían tiempo para cuidar a una guagua y si tuvieran una guagua... esa guagua sería mi hermanito. No es que tenga nada contra el Chicle pero él no sabe hablar como lo haces tú con tus hermanos –le expliqué un poco apenada.

–Tienes razón, es suficiente motivo para buscar dos tesoros... o al menos compartir uno, porque encontrar dos es más difícil –acotó Manolo.





Unos días después llegó Manolo y me dijo que quería presentarme a "una amiga" que necesitaba conocerme, y me pidió que lo acompañara a su casa.

Caminamos hasta el fondo del patio, hasta una piedra del tamaño de un tronco cortado que salía desde la tierra y nos sentamos sobre ella.

–¿Y ahora qué? –le pregunté curiosa.

De repente escuché una voz profunda y resonante que no era la de Manolo.

–¿Quieres que te cuente la historia? –preguntó la voz. Miré hacia todos lados y no había nadie además de mi amigo.

–¿Quieres que te cuente la historia? –repitió nuevamente la extraña voz. A esas alturas la curiosidad se había transformado en miedo. Manolo estaba en silencio pero sonriente. Cuando la voz sonó por tercera vez, me dí cuenta de que procedía de la misma piedra en la que estábamos sentados.



–No te asustes Manana, ella es la piedra cuenta-historias y me pidió que te trajera por que escuchó nuestra conversación. Tu sabes que las piedras son las eternas escuchadoras de lo que ocurre en el planeta, por eso quiere contarnos algo importante acerca de los cateadores –explicó Manolo.

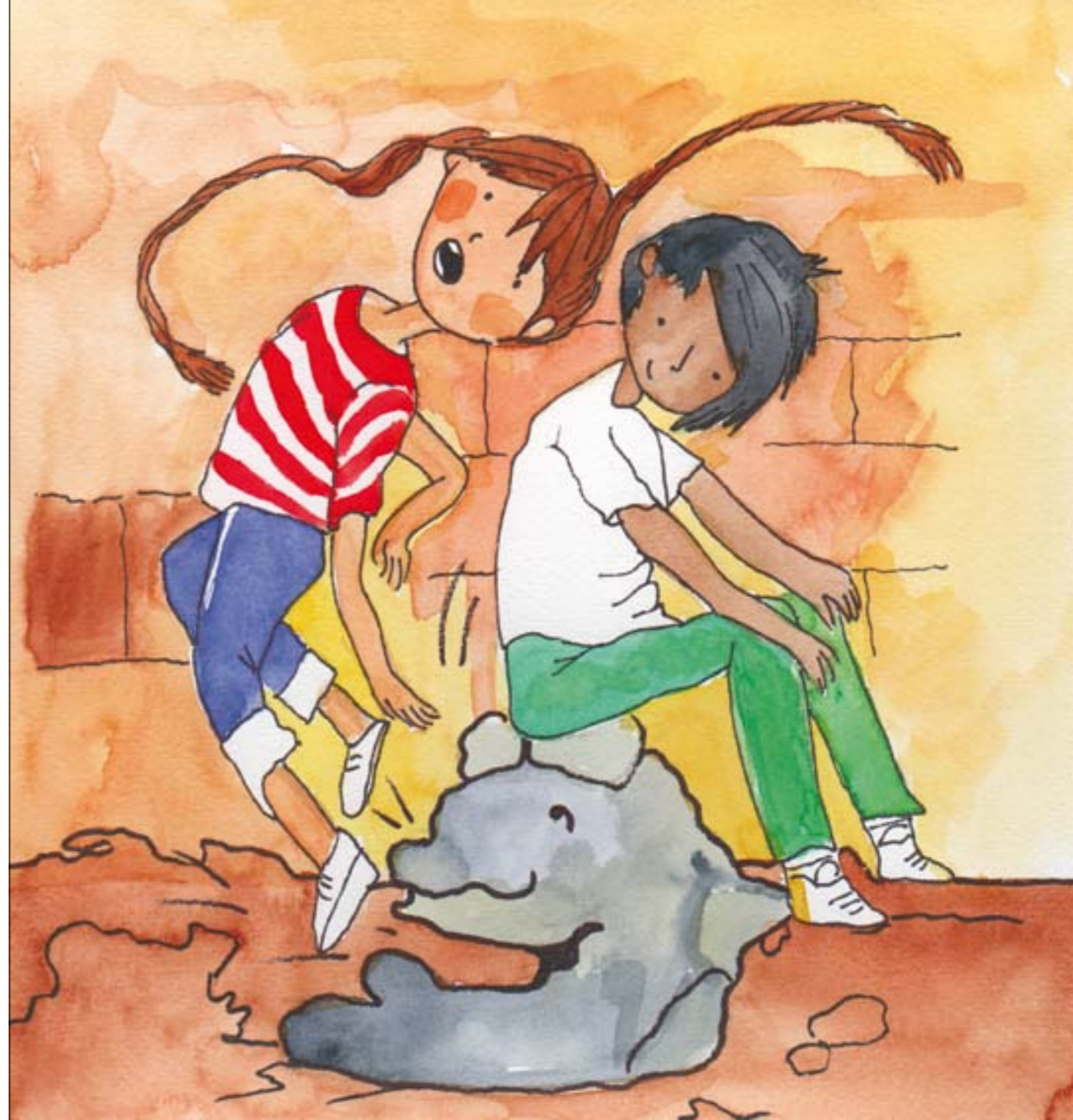
–¡Qué increíble, nunca había escuchado hablar a una piedra!
–exclamé suspirando.

En ese momento la piedra nos interrumpió:

–Ejem, disculpen la intromisión, pero si no me equivoco creo que necesitan encontrar un tesoro por dos causas muy generosas –aclaró la piedra.

–Así es doña piedra –le respondí.

–Por esa razón he decidido ayudarlos. Van a tener el gran privilegio de conocer a “alguien” que es perseguido incansablemente por los buscadores de tesoros. Todo buen cateador debe aprender a reconocerlo para saber cómo y dónde se buscan las riquezas ocultas en el desierto –replicó la piedra.





A los pocos segundos la piedra se sacudió como perro mojado lanzándonos al suelo mientras se desplazaba hacia un costado. Luego nos dijo:

–Tomen el manto que encuentren en la tierra, debajo de mi cuerpo y cúbranse la espalda. Bajo la piedra había un pesado manto de insospechada belleza, tejido con lana de oro y flecos de plata. Obedientemente y con delicadeza lo amarramos a la altura de nuestros cuellos dejándolo caer hasta nuestros pies. A los pocos segundos la piedra intervino nuevamente:

–Ahora siéntense sobre mí y afirmense con todas sus fuerzas. Cierren sus ojos y no tengan miedo.

Nos sentamos y súbitamente el viento nos elevó emprendiendo un vertiginoso vuelo sobre techos, cerros y rocas. Pudimos ver el mar y la cordillera, volcanes y grandes extensiones de desierto. De pronto la piedra comenzó a descender hasta que...

–¡Scrach! –caímos sorprendentemente sobre la dura tierra.

–Perdón por el aterrizaje –exclamó la piedra un poco avergonzada. Es que soy un poquitín pesada, al fin y al cabo soy una piedra. –¿Están bien? –preguntó.

–Entre tanta tierra, piedras y espinas de cactus no sé si estoy viva o muerta –le respondí. Pero parece que estoy viva porque acabo de tocarme un chichón y si estuviera muerta, no podría tocarme nada –agregué quejumbrosa.

–¿Y tú Manolo? –preguntó la piedra.

–¡Bien...bien machucado pero muy vivo! –respondió en voz baja.

Después de aquél forzoso aterrizaje observamos que el sol se había escondido y las estrellas se habían apoderado del cielo. La luna se veía tan cerca que les aseguro que con un pequeño salto, podría habérmela tragado. Nos sentamos nuevamente sobre nuestra pesada amiga cuenta-historias, junto a una montaña de rocas. Estábamos un poco mareados pero totalmente hechizados por aquél árido y bello paisaje. Guardamos un ceremonial silencio contemplativo.

–¡Miren con detención el cielo!, es lo primero que debe hacer un buen cateador –nos dijo susurrante la piedra para no entorpecer el silencio.

El tintineo de las estrellas era como si conversaran entre ellas. De pronto divisamos una gran luz que se desplazaba zigzagueante en el cielo rumbo a los cerros rocosos. Pensé que se trataba de un platillo volador, pero comprendí que eso era imposible ya que los platillos voladores no serían capaces de danzar en el cielo con la sutileza que lo hacía aquella luz.





–¡Ahora levanten el manto con sus manos lo más alto que puedan y háganlo flamear en el aire! –ordenó la piedra.

Alzamos el manto y el viento lo elevaba ondulante sobre nuestras cabezas produciendo un extraordinario resplandor en el cielo. A los pocos minutos la luz comenzó a acercarse lentamente hacia nosotros tomando forma de brillantes alas. Los destellos que arrojaba parecían dos espejos de oro que encandilaban nuestros ojos.

Después de un rato ¿qué creen que ocurrió?, bueno, lo que justamente ustedes se imaginan.

Un hermoso pájaro de gran tamaño, pico encorvado, patas alargadas con grandes garras, y de alas color metálico, se había posado junto a nosotros ¡Era una de las aves más hermosas que había visto en mi vida!

–¡Buenas noches Alicanto, que bueno volver a verte! –le dijo la piedra al pájaro.

Manolo y yo no éramos capaces de cerrar nuestras bocas y mi corazón palpitaba más rápido que cuando corría cien metros en clases de gimnasia. Estábamos absolutamente embobados.

–Ellos son Manana y Manolo –exclamó la piedra mientras tocaba las brillantes plumas del ave.

–Y él es el Alicanto –nos dijo presentándonos al ave, mientras nos esforzábamos por aparentar normalidad.



–El pájaro abrió sus alas e inclinó su pico diciendo: ¡Es un honor conocer a los amigos de mi amiga!

–Emm... para nosotros también –dijimos a coro sacando nuestra mejor sonrisa.

Manolo lloró porque nunca imaginó que tendría el privilegio de conocer al Alicanto, historia que más de una vez le había escuchado a su abuelo.

–¡Qué buen manjar me han traído! –exclamó el Alicanto mientras se paseaba sobre el manto y lo olía con su encorvado pico, como lo hacía mi perro con sus narices antes de devorarse un hueso.

Luego con una mirada vivaz, replicó:

“Al buche oro y plata, no soy pato ni rata, soy el Alicanto, el pájaro mágico que a todos encanto”.

Tras decir estas palabras y con sus alas semiabiertas comenzó a tragarse las hebras de oro y plata del tejido. Picoteó el manto lentamente pero sin descanso. Cuando se sació de comer, su buche se había inflado como pelota de fútbol y apenas podía caminar.

–¡Perdonen niños y amiga piedra, es que tenía tanta hambre!
–se disculpó el Alicanto.





La verdad amigos es que traté de disimular mi asombro, pero no creo que me haya resultado ya que mis ojos siempre me delatan porque se transforman en feroces sapos cuando algo me sorprende.

–Espero que nadie me haya seguido hasta aquí –dijo el pájaro mirando temeroso hacia los lados.

–¿Y quién podría hacerlo? –le preguntó Manolo.

–Los cateadores ambiciosos, los que quieren encontrar vetas de oro solo para ellos, los que quieren atraparme y como si fuera poco, robarse también mis huevos, es por eso que ahora debo cuidarme y no me dejo ver por cualquiera.

–¿Y cómo sabes que quieren un tesoro solo para ellos?

–le pregunté mientras se paseaba en círculos alrededor nuestro para digerir el oro y la plata que se había engullido.



Por que la cosa ha cambiado este último tiempo. Antes, hace muchos años había hombres que salían a recorrer el desierto buscando riquezas para buenas causas, ellos me buscaban en el cielo y yo me dejaba reconocer por el reflejo de mis alas, a veces doradas si había comido oro y otras plateadas, si mi alimento había sido plata. Eran cateadores respetuosos. Apenas me ubicaban en el cielo, me seguían sigilosamente hasta ver el lugar de la montaña en el cual me posaba para comer. Esperaban con delicadeza y paciencia que primero yo saciara mi apetito y llenara mi buche, y solo después de mi partida, para regresar a la cueva donde vivo, ellos acudían al lugar donde yo había comido para buscar el mineral que quedaba y compartirlo. Todas esas riquezas las regala la madre naturaleza para hacer obras buenas. Muchos se hicieron grandes mineros y las compartieron, pero otros, de ambiciones exageradas, no supieron utilizarlas bien y lo perdieron todo, o simplemente desaparecieron entre despeñaderos por cargar sobre su cuerpo más oro del que necesitaban.





–¿Y por qué nosotros pudimos conocerte, si también buscamos tesoros? –le pregunté dudosa.

–Es que mi amiga piedra jamás me llamaría si no fuera por alguna noble razón, y si ustedes son importantes para ella, para mí también lo son. Cada vez que ella necesita hablar conmigo hace flamear un manto de oro y plata, uno de mis platos preferidos –explicó el Alicanto.

–¿Y tú crees poder ayudarnos? –le preguntó Manolo. Es que necesitamos urgentemente plazas en Calama con juegos y canchas de futbol y Manana necesita ayudar a sus papás para poder tener un hermanito –aclaró con tranquilidad.

–Cada cosa en su momento Manolo. Hay distintas formas de encontrar tesoros. Por ahora son algo pequeños y no tendrían la fuerza suficiente como para escalar montañas y usar la picota y el mazo, pero les voy a dar unas semillas de oro para que no se olviden de mis consejos. Deberán sembrar la mitad en el jardín de Manolo, bajo la tierra y cerca de mi amiga piedra, y la otra mitad en un macetero grande en casa de Manana. Tendrán que comprometerse a regarlas todos los días con gotitas de esfuerzo –dijo el Alicanto.



–¿Y a qué gotitas de esfuerzo te refieres? –indagué.

–Por ejemplo, cuando quieras comprarte tres dulces, tendrás que hacer un esfuerzo y comprarte solo dos, y la moneda que no gastes, la deberás enterrar dentro del macetero junto a las semillas que te regalé. Lo mismo tú Manolo, cuando compres esos chocolates que te gustan tanto, en lugar de gastar las cinco monedas que usas para comprarlos, deberás hacer un esfuerzo y utilizar solo tres, es decir, renunciar a comer dos chocolates, y así las dos monedas que no gastes, deberás enterrarlas en el mismo lugar en que están tus semillas. Eso se lo pueden enseñar a todos los niños de Calama, y verán que en unos años más, al escarbar la tierra, lo más probable es que cada uno encuentre su propio tesoro, y si luego los juntan formarán un gran tesoro para construir la plaza mas linda del norte y un lugar donde jueguen también los hermanitos pequeños mientras los papás trabajan.

De todas maneras les pido que vengán en Semana Santa, el mejor período para los cateadores sabios y nobles como ustedes, y prometo que volverán a ver mi resplandor desde el cielo y podremos seguir conversando de estas cosas –explicó el pájaro acicalando suavemente sus alas.





El Alicanto antes de emprender su vuelo nos regaló dos saquitos de arpillera que guardaba entre sus plumas. Al palparlas era como tocar un puñado de granitos de metal, y al mirarlos a través de los minúsculos orificios de la tela, podían verse tenues rayos luminosos como si cada bolsita atesorara una vela encendida en su interior.

–Recuerden que los espero con mi amiga la piedra en esa fecha y no olviden lo que les he dicho. Ahora debo ir a dormir a mi cueva y cuidar mis huevos –dijo el Alicanto.

El pájaro no había alcanzado a digerir todo el oro del manto pero a pesar de ello, el peso en su buche no impidió que lentamente tomara altura en el cielo y se perdiera volando entre recodos y cerros.

Noté que la piedra se puso algo triste, al parecer a ella también le apenaban las despedidas.

–No solloces a escondidas –le dije en voz baja, puedes llorar con confianza, somos tus amigos. Además pronto volverás a encontrarte con el Alicanto, como ha ocurrido desde hace tantos años.

–No te preocupes, a las piedras nos cuesta llorar y reír, es por eso que no tenemos arrugas. Debemos volver pronto y no olviden las palabras del Alicanto –añadió la piedra.

–Ahora siéntense sobre mí y afirmense con todas sus fuerzas. Cierren sus ojos y no tengan miedo –expresó la piedra con apremio.

Súbitamente el viento nos elevó emprendiendo un vertiginoso vuelo, pero esta vez de regreso a nuestros hogares. Volamos sobre cerros, rocas, el mar y la cordillera, mis trenzas se despedían agitadamente en el aire de los volcanes. Pude reconocer las minas de Chuquicamata y los techos de las casas de San Pedro y de Calama. De pronto, al divisar el patio de Manolo la piedra comenzó a descender...

–¡Scrach! –caímos sorpresivamente.

–Perdón por el aterrizaje –exclamó la piedra un poco avergonzada. Es que soy un poquitín pesada, al fin y al cabo soy una piedra. –¿Están bien? –nos preguntó.

–Entre tierra, piedrecillas y espinos no sé si estoy viva o muerta –le respondí. Pero parece que estoy viva porque acabo de tocarme el mismo chichón de antes y si estuviera muerta, no podría tocarme nada –le dije quejumbrosa.

–¿Y tú Manolo? –le pregunté.

–¡Bien...bien machucado pero muy vivo! –respondió.





Bueno amigos, debo decirles que realmente me sentí muy feliz de haber conocido al Alicanto. Además nunca había volado en una piedra ni mucho menos conversado con una de ellas. Creo que es muy importante que de ahora en adelante recordemos que las piedras escuchan todo lo que se habla en sus cercanías y que además tienen el poder de contar lo que escuchan a quienes ellas deseen. Así que les aconsejo que tengan cuidado y mucho respeto con las palabras que usen, al menos cuando lo hagan en voz alta.

Ahora me voy a tener que despedir porque estoy cansada de escribir. Pronto lo haré de nuevo para contarles lo que ocurre con mi nuevo macetero y las gotitas de esfuerzo, y acuérdense de contestarme lo antes posible, después de que reciban mi carta.

Los quiero mucho y hasta pronto,
Manana



*Manana escribió una carta,
o tal vez escribirá diez,
no se si al derecho o al revés,
pero es seguro que lo hará otra vez.*



CUENTOS DE MANANA

“Las leyendas de un pueblo son innumerables y vencen el paso del tiempo. Su gran enemigo, el progreso, apenas las toca y transforma. Para los eruditos, las leyendas constituyen un estudio folclórico. En cambio, viven y palpitan en la imaginación y en el corazón popular, así como en el santuario de los poetas”.

(Rubén Darío)

Manana comparte con niños y niñas su vivencia en Calama y alrededores, en el norte de Chile, a través de una carta. En ella relata su amistad con Manuel Huari, hijo de mineros y su encuentro con el Alicanto, pájaro mitológico del desierto chileno. La historia cuenta la particular relación entre los cateadores de vetas minerales o tesoros y la naturaleza del desierto, e invita a conocer los diferentes modos de pensar y sentir recurriendo a componentes fantásticos. Elementos de la realidad, humor y fantasía se conjugan para crear un argumento que conmueva, entretenga y sorprenda.